

Próximo número:

La preciosa novela-film

SUEÑOS JUVENILES

por la encantadora MABEL NORMAND

Postal-fotografía:

Aimé Simon Girard

el famoso Artagnan de

"Los Tres Mosqueteros"

Sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos

PRONTO...

La mejor revista cinematográfica: La más bonita, amena y elegante. La que no dejará de adquirir todo amante de la cinematografía.

¿Qué será? ¿Cuál será su título?

¡¡¡PRONTO SE SABRÁ!!!

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 19

25 cts.



**CORAZÓN
DE LOBO**

por
Lon Chaney
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XIV

CORAZÓN DE LOBO

Extracto del argumento de
la película de dicho título.

Protagonista: LON CHANEY

Producción: UNIVERSAL

CONCESIONARIOS:

HISPANO - AMERICAN - FILMS S. A.

Valencia, 233.— BARCELONA.

Repleto de la alegría de la vida, con la fe en la humanidad y amor por ella, Gaspar el Bueno, Gaspar el del corazón de niño, cantaba alegre. Tenía sobrado motivo para ello, pues acababa de regresar de los nevados picos de la sierra, con la vuelta de la radiante primavera, á la coquetona villa canadiense de Grand Bellaire.

Durante largos meses había vivido entre nieves, dedicado á la caza, su principal medio de existencia. El retorno á su cabaña del valle era, incontestablemente, un feliz acontecimiento.

Su entrada en el pueblo fué saludada bulliciosamente por los chiquillos, que le querían mucho porque él era el mejor amigo de todos ellos.

Cautivado por la simpatía de los pequeñuelos, Gaspar entró en el bazar de la villa, mercó unos caramelos y los entregó á los niños, que le colmaron de bendiciones. ¡Cómo no!

Cumplida su tierna acción, Gaspar, henchido de satisfacción merecida, hizo con vehemencia al dueño de la tienda esta manifestación de bienestar:

—¡Ah, Laffitel! ¡Qué bueno es estar nuevamente en casa!

—¡Por supuesto! ¡Menudo frío has debido pasar por aquellas alturas!

—¡Cómo uno ya está acostumbrado!

Advirtiendo la presencia en el bazar de un desconocido para él, Gaspar preguntó al tendero aparte:

—¿Quién es ese caballero?

—Es el señor Benson; desde hace tres meses anda por aquí buscando oro.

—¿Otro buscador de oro?

Thalie, por la que suspiraba desde hacía mucho tiempo Gaspar, hizo su aparición en el establecimiento, causando la natural sorpresa y dicha á aquél, que la besó amoroso con la mirada y la dijo con los labios del corazón:

—Thalie, no he dejado de pensar en tí desde

que me marché, así como en la promesa que me hiciste. ¡Ah, si supieras cómo me ha estimulado la esperanza que me diste!

—Sí; Gaspar, yo también he pensado mucho en tí. Pero, ya hablaremos.... solos.

—Mañana iré á la mina que ha estado cerrada todo el invierno, quizás halle oro suficiente para hacerte una sortija.

—Me darás una gran alegría, Gaspar.... Ya nos veremos con más libertad.... No lo ves.... hay gente.... Permíteme.... ¡Buenos días, señor Benson! ¡Qué matinal es usted!

Thalie se había separado de Gaspar para conversar con el desconocido. Fuese por lo que fuera, el que su casi prometida lo plantase, en aquella forma, bajo el pretexto de saludar á alguien, de manera tan amistosa, no le produjo excelente impresión al cazador. Pero, el amor, que por eso lo presentan ciego, no ve ciertas cosas, aunque se las pinten en las mismas narices á uno. Su bondad, además, no le permitía dudar de la bondad de los demás, y en cuanto á malicia, era cosa que no conocía. De ello dió pruebas marchándose de la tienda para ir á su cabaña.

En camino, cruzóse con el cura de la aldea, con quien, como perfecto cristiano, hacía buenas migas. Se saludaron ambos; Gaspar le manifestó:

—Padre mio, me siento tan feliz que le doy gracias á Dios por haber hecho un mundo tan precioso.

—Eres digno de esa felicidad porque tu alma está limpia de pecado, mi buen Gaspar.

Siguiendo su ruta, encontrándose cerca de

la mina que explotaba él mismo durante la temporada que permanecía en el valle, Gaspar tuvo la curiosidad de llegarse hasta ella para inspeccionar si todo estaba tal como lo dejara antes de partir para la sierra.

Algo estaba cambiado....

Unos obreros trabajaban en la mina. Extrañado, Gaspar les preguntó:

—¿Qué hacen ustedes? ¿Quién les ha autorizado á ocuparse en mi propiedad y para quién?

—¡Tiene gracia el hombre! Eso cuénteselo usted al amo.

—¿El amo? ¿Cuál es su nombre?

—Un tal Benson.

—¿El señor Benson? Este señor es un forastero y no sabe que la mina me pertenece. Vean ustedes el letrero que yo puse dentro del término de mi autoridad. Lean, lean ustedes. Está partido, pero junten los pedazos ¿Verdad que dice:

*Mina e' Jacinto
Propiedad de Gaspar
Larous?*

—Sí, en efecto, pero este letrero ha sido arrancado de aquí y por lo tanto no debe usted tener ningún derecho á la mina.

—Indudablemente se trata de una equivocación que voy á poner en claro en seguida.

Con tal objeto, Gaspar fué al encuentro del extranjero, que se hallaba en la casita contigua á la mina, transformada en despacho.

—¿Qué hace usted aquí?—le dijo.—Esta mina es mía, señor Benson.

—¡Cómo suya!

—Sí, señor, mía, muy mía, completamente

mía.

—Está usted en un error, joven. Tengo el título de propiedad, que puedo enseñarle.

—¿Qué tiene usted un título de concesión? Pero....

—Véalo usted. Entérese.

—.... No puedo leer.... no sé leer.... lea usted mismo....

Benson le leyó la hoja de inscripción de la mina á su nombre. Gaspar protestó:

—Tiene que haber una equivocación. Mi padre me dió esta mina. Hice esta cabaña, y cuando viene la primavera yo siempre trabajo aquí.

—Pues consuéllese, amigo. ¡La mina es mía!

—¡No, señor, es mía!

—¡Váyase al demonio!

—¡La mina es mía!

—¡Cuénteselo á un necio como usted!

—Reclamo lo que en justicia me corresponde. Y si no....

—¡Voto al diablo! ¡Fuera de aquí!

—¡No le doy la mina, acuérdesse de eso, no le doy la mina!

Brutalmente, Benson arrojó de la cabaña al desconcertado y perplejo Gaspar, que fué á quejarse al jefe de policía, volviendo con él á presencia de Benson.

—¿Tiene usted, señor Benson, el acta de propiedad de la mina que explota?—preguntó el policía.

—¡Aquí está!

—Benson te ha engañado, Gaspar, pero tiene la ley de su parte. Ni tu padre ni tú habías registrado la propiedad como era debido.

—¿Y ese pedazo de papel me quita la mina?
—exclamó, compungido, el noble Gaspar.

—Ese papel pone á Benson á cubierto de cualquier reclamación acerca de la mina. ¡Es



—... *Mi padre me dió esta mina. Hice esta cabaña...*

suyal Pero, puedes hacerlo arrestar por haberte pegado, si quieres.

—¡No! He sido un incauto, y alguien se ha

burlado indignamente de mí. ¡Mas no soy cobarde!

Afligido por haber sido despojado de su propiedad, herencia paterna, Gaspar desapareció rápidamente del despacho del usurpador, para calmar sus nervios en la apacible campiña.

El policía, á guisa de recriminación, pues no se le había escapado que era un pillo, advirtió á Benson:

—Benson, le aconsejo que tenga cuidado con estas gentes: son de las que no olvidan ni perdonan.

*
**

Cuando las sombras de la noche se aproximaban, Gaspar iba en busca de Thalie, y en el silencio hechicero sabían á gloria los castos apretones de manos y las elocuentes miradas de ternura sin par.

La misma noche de su vuelta al valle, Gaspar reanudó esas entrevistas. Entre otras cosas que ocupaban lugar preferente en su vida, él la habló de lo que le había sucedido con Benson, que le robaba su mina. A lo cual Thalie repuso:

—Si la policía dice que la mina es del señor Benson, así debe ser y tu no puedes hacer cosa alguna.

Era verdad que todo sería inútil. Había que resignarse pues. Y como su amor por Thalie colmaba todos sus deseos, Gaspar, venciendo

el natural despecho, exclamó:

—¡Qué importa, mientras te tenga á tí! ¡Ya buscaré otra mina! Y nos casaremos en seguida, ¿no es verdad?

—Gaspar, esta no es la hora de hablar de casamientos.... Quizá mañana te dé la respuesta.

—¡Mañana! Oh, con qué ilusión esperaré ese día tan próximo y sin embargo tan lejano como el ¡mañana! Hasta mañana, pues, mi querida Thalie. Si tú no lo quisieras, no me marcharía á descansar: se me ha quitado el sueño. ¡No te digo por qué!

Y se alejó, sembrando la ruta de salpicaduras de la cosquilleante satisfacción que le corría por todo el cuerpo.

Thalie quedó pensativa mirándole como se alejaba. ¡Estaba tan seguro... y la quería tanto! Por un instante Thalie sintió remordimiento... dudó de la voz de su corazón.

Cuando llegó la mañana, Gaspar ya se había olvidado de las desgracias de ayer, puesto que aquel día tendría respuesta de la mujer que adoraba.

Dejándose arrastrar en el vuelo de la imaginación, Gaspar hacía mil conjeturas á cual más agradable. El perro del cazador recibió el primero, las caricias del amo feliz.

—Pronto tendrás que trabajar mucho, Medor; alguien vendrá que te hará correr.

¡Ese alguien, quién era sino Thalie!

Así que se hubo compuesto correctamente, Gaspar salió en dirección al valle á buscar á Thalie. No la vió. Una buena mujer, al corriente de la conducta de la joven y de los amores de Gaspar, le dijo:

—Thalie no está en su casa! Eres un buen hombre, Gaspar. ¡pero un tonto de capirote!

—¿Por qué dice usted eso, señora Nicolasa?

—Thalie, para que lo sepas, se va a casar con Benson; se fueron río abajo esta mañana.

—...¿Se marcharon, ha dicho? ...¿A casarse? ...¡Maldición! ¡Malditos!

Anodado por tan terrible como insospechado acontecimiento, Gaspar, encendido de cólera que amenazaba desbordar con furia implacable, caminó por el valle como loco fugado del asilo. El cura, su amigo, le detuvo en su errante caminar:

—¿Qué te pasa, Gaspar? ¿Cómo es que esa cara no hace hoy envidia al sol?

—¡Pobre de mí! ¡Un hombre, un ladrón que vino aquí para mi ruina, ese Benson maldito, me quitó mi mina... me quita ahora mi Thalie, mi amor...!

—No te sulfures, Gaspar; atiende mis consejos.

—Padre, todo me lo ha quitado... Pero cuando regrese... ¡con mis manos solamente...!

—Hijo mío, yo lo siento por tí. Pero Dios ha dicho: "*No matarás*". Por lo tanto debes quitar el odio de tu corazón.

Pocos momentos fueron los que el consejo del Padre lograron desvanecer la terrible idea de venganza que se había apoderado de la mente de Gaspar. No obstante, desapareció el deseo de poner á ejecución en seguida su plan. E hizo esta promesa:

—Me han despedazado el corazón, han matado mi alma; algún día les haré estas cosas á ellos.

*
**

Han pasado siete años, siete años de soledad, de una vida inerte sin esperanzas para Gaspar, iluminada solamente por las implacables llamas de un odio sin límites, un odio que el tiempo sólo acrecentó, hasta convertirse en la obsesión de su cuerpo, de su alma, en su único deseo.

Durante esos años, Benson había contemplado la pérdida de su fortuna; los infortunios le perseguían, y siempre á su lado estaba Gaspar, sonriendo, siempre sonriendo.

Como de costumbre, Benson y Gaspar se encontraron en la taberna del valle. La preocupación constante del primero contrastaba irónicamente con la fingida indiferencia del segundo. Sus dos vidas eran dos misterios de la fatalidad.

Simulando haber olvidado los agravios que le había hecho Benson, Gaspar, aprovechándose de las desdichas que azotaban á aquél, al que hacían más abordable sumiéndole en una postración mental que á cualquier otro daba lástima menos á él, llegó hasta á hablarle como si nada hubiese ocurrido entre ellos, interesándose incluso por la familia, aumentada por el nacimiento de un pequeñuelo que á la sazón tenía unos cuatro años.

—¿Qué, la señora y el niño están bien?

—Mi mujer se queja de dolores en el pecho. El niño, bien, gracias.

—Oí decir que un derrumbamiento había acabado con la mina. ¡Cuánto lo siento!

—Una desgracia tras otra. No sé lo que es;

parece que alguien me ha echado una maldición.

—¡Son contrariedades de esta perra vida! Si tuviera dinero le ayudaría, pero todo el mundo sabe que Gaspar es pobre.

*
**

Benson había salido momentáneamente de la taberna.

Un grupo de obreros penetraron en el establecimiento, pidiendo de beber. Uno de ellos, que tenía pretensiones de parecerse á Hércules, hacía toda clase de experimentos en los cuales ponía á prueba su fuerza sin rival.

A Gaspar, siempre al acecho de todo el mal que pudiera ocasionar á Benson, le sirvió de inspiración la ignorancia del «matón», y, combinando rápidamente un plan, llamóle y le dijo así:

—Dice Benson que tienes las manos de gorila como tu abuelo, pero que eres un cobarde y que te puede pegar.

—Hombre, me gustaría ver á ese guapo que habla cuando uno no está delante.

—No tardará en volver; espéralo y le arreglas la cuenta. ¡Allá vosotros!

De regreso á la taberna, Benson, ajeno á lo que se tramaba contra él, se disponía á apurar una copa de licor cuando el matón, provocándole groseramente, le dijo:

—¡Con estas manos de las que se burla, puedo romperle el alma sin hacer el menor es-

fuerzo. Conque, ¡en guardia, que voy á empezar!

Benson, comprendiendo el salvajismo de que era capaz aquel bruto de hombre, y considerándose impotente para luchar con ventaja con él, empuñó el revólver que llevaba en el cinto y se vió precisado á disparar contra el matón que se aprestaba á abalanzarse sobre él.

El tiro fué certero, hiriendo de gravedad á aquél.

Al ruido de la detonación acudió numeroso público y el Jefe de policía, que detuvo á Benson. Este se excusaba bajo pretexto de haber obrado en caso de legítima defensa:

—Gaspar —añadía Benson— puede atestiguarlo.

Pero Gaspar, intencionadamente exclamó:

—Yo no puedo decir nada. Estaba mirando á la pared... oí un tiro... volví la cabeza... y todo había terminado.

Sin testigos que probasen su inocencia, Benson fué encarcelado.

*
**

Como para su marido, aquellos siete años habían sido pródigos en amargos sufrimientos para Thalie.

Una grave enfermedad la obligaba desde hacía algún tiempo á guardar cama.

Gaspar, después de haber presenciado el encierro de Benson en la cárcel, tuvo la idea

cruelísima de ir á contarle á Thalie cómo había logrado vengarse, en su marido, del desprecio que ella le hizo.

Llegado que fué á la casa de sus odiados enemigos, Gaspar no tuvo necesidad de hablar para hacer sentir á la mujer el peso de su venganza, porque la infiel á su promesa de amor se lamentaba con gran dolor en su pobre lecho. Se estaba muriendo por momentos.



—Gaspar puede atestiguarlo.

Tal visión, no obstante, no le hizo modificar sus despiadados sentimientos y afirmó más aún el apodo de CORAZON DE LOBO que él mismo se impusiera desde que clamara, en son de guerra contra toda la humanidad, que tan

únicamente se burló de su bondad, el grito feroz de represalia.

De consiguiente, la agonía de Thalie constituía para Gaspar la realidad de una esperanza alimentada en el calor de su rencor implacable. Las contracciones de la moribunda provocaban en Gaspar la mueca del ser malvado capaz de los peores actos.

El pequeñuelo, hijo de Benson y Thalie, lloraba junto á su madre. Esta, advirtiendo la presencia de un hombre en su habitación lo tomó por su esposo y con voz apagada, tendiéndole los brazos, le dijo:

—¡Me muerol.... ¡Esposo míol.... ¡Nuestro niño.... prométeme que lo cuidarás con la mayor ternura.... prométemelo!

—Te equivocas; no soy tu marido, pero yo, Gaspar, me llevaré al muchacho.

—¿Tú? ¿Gaspar? ¡Dios míol! ¡Hijo de mi alma.... me muerol....

En el lecho sólo quedó un cuerpo sin alma, grotescamente inerte.

Gaspar, sin ocuparse siquiera de echar la sábana sobre el rostro de la difunta, volvió á su cabaña, llevando consigo al niño.

—Acuéstate ahí, sobre ese montón de paja. Esa será tu cama, Tú eres de ellos, y los odio, ¿lo oyes, bribón? los odio como se odia á quien envenena la vida de otro para siempre. Anda, échate ahí, y que no te oiga.

—Tengo ganas de llorar.... ¡Mi mamá ha muertol!

—Se lo tenía merecido. ¿Tú qué sabes golfillo, lo que te aguarda á tí también, llevando como llevas su sangre. ¡Maldita sea tu estampal...

y si no me obedeces, te voy....

Preso de terrible pavor, el niño se acostó, ocultando el rostro entre sus manos para mostrarlas en lágrimas.

¡Qué triunfo para Gaspar! Al contemplarlo, los siete años de sufrimientos no eran nada: Benson, en presidio; *ella* en el otro mundo, con el diablo, sin duda; y el fruto de sus amores en su poder. ¡Cabía mayor venganza!

Mas con todo, aun hubo el momento supremo: la visita á Benson á la reja de su calabozo.

—¡Hola, mi buen amigo Benson!

—¡Eres un villano!

—Cuando me robaste la mina y mi novia, pensé matarte, pero sabia que si lo hacia no sufririas lo que me has hecho sufrir á mí....

—¡Oh, bandido!

—Quería que supieras lo que es el dolor de quedarte sin lo que más quieres en el mundo, todo cuanto tienes, todo lo que amas....

—¡Eres un monstruo!

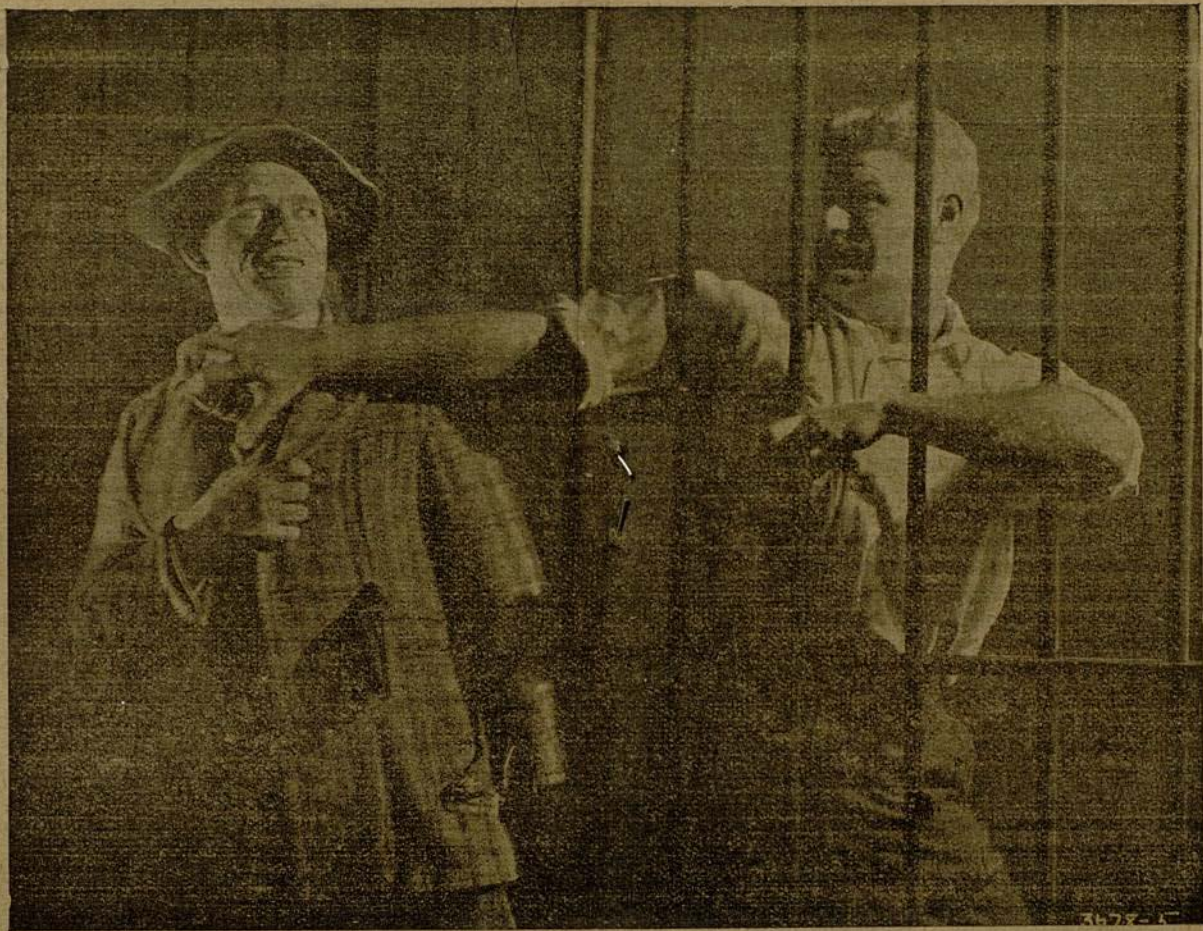
—Yo hice el derrumbe en la mina, yo me reía cuando te emborrachabas y le pegabas á tu mujer y á tu chico....

—¡Cobardel!

—.... Yo instigué lo de la riña en la taberna y por eso te van á colgar, y la justicia me dará el chico, se lo dará á Gaspar que sabe quiere tanto á los pequeñuelos....

—¡Es un canalla el que, como tú, se aprovecha de la ventaja que le da su libertad para insultar de ese modo á quién no puede defenderse! ¡Si yo pudiera, te rompía el alma!

—¡Haces el barba maravillosamente, chico; Pero, me haces reir.... exageras los gestos....



...¡Eres un monstruo!

¡Ja, ja, ja!....

*
*
*

Al juzgarse la causa, una nueva amargura llenó el alma de Gaspar: Benson fué condenado á presidio en vez de ser mandado al patíbulo, porque el herido no murió.

Sin embargo, aun le quedaba el hijo de la mujer que le traicionara, la viva imagen del hombre á quien odiaba con todas las fibras de su corazón; la venganza era verdaderamente dulce.

De regreso á su cabaña, Gaspar, encolerizado por la decepción causada por el fallo de la justicia, tomó un bote de donde emergían delicadas flores silvestres, colocado por el niño encima de la mesa, y lo arrojó con violencia fuera de la casa. El pequeñuelo, cogiéndole una mano, poniendo mucho cuidado en ello, preguntóle:

—¿No te gustan las flores? Dios las hizo.... á Él le gustan.

Hubo un poco de calma en la agitación interior de Gaspar. Odiaba á esta tierna criatura; desde luego, que la odiaba, porque, ¿acaso no era sangre y carne de aquellos que tanto daño le hicieron? Pero, ese momento de calma hacía también renacer otros sentimientos olvidados desde largo tiempo. Y algo poderoso le hizo callar y abandonarse á la melancolía de dulces recuerdos de su niñez. El pequeñuelo, como si comprendiera que había llegado el

momento deseado de la conciliación con su "tío"—como solía llamar á Gaspar—le habló de esta cariñosa manera:

—Me siento muy triste.... ¿no te pones tú triste nunca?

Gaspar se compadecía él mismo, á la par que sentía impulsos de ternura hacia el niño. Venciendo sus escrúpulos de antes, tuvo el valor de preguntarle:

—¿Me quieres?

—Te quiero.... yo te quiero.... pero es que te tengo miedo.

Y aquellos deditos que le despertaban el corazón hicieron que Gaspar, vencido, tomara en sus brazos al pequeñuelo para estrecharlo contra sí, en señal de gratitud y arrepentimiento.

De nuevo la primavera volvió á florecer en el corazón de Gaspar, y el dulce canto del ruiseñor.

Decidido á educar lo mejor posible á su protegido, Gaspar lo condujo á la escuela. La maestra, una humilde y fragante violeta entre puros capullos de rosas y claveles, recibió encantada al nuevo alumno que, no acostumbrado á convivir con gentes que no conocía, no estaba dispuesto á quedarse en la clase.

—Tío, no me dejes solo....

—Luisito, debes obedecer á la maestra, y así serás amiguito suyo y aprenderás mucho.

—Yo quiero ir contigo.... Llévame contigo, tito.

—Pero hombre, no puede ser.... Ya vendré á buscarte luego....

Y no había manera de hacer comprender á

Luisito que su tío no podía quedarse á su lado. Nadie hubiera tenido valor para separarlo de los pantalones de Gaspar.

La maestra, conmovida por la sentimental escena, propuso á Gaspar esta solución:

—¿Querria usted quedarse hasta que el niño se acostumbre á la escuela?

—Me parece el único medio, señorita.

—Ya lo has oido, Luisito, tu tío se queda aquí. Ponte ahí, con los demás. ¿Ves? Tu tío se sienta.... á mi lado.... ¡Silencio! Vamos á empezar la lección. A ver Rosarito, lea usted.... A propósito, dispéñeme, señor Gaspar, olvidé darle un libro para que se distrajera. Tome usted; este le gustará.

¡Oh, delicadeza de mujer!

¡Cómo sentía Gaspar, analfabeto, no poder corresponder á esa atención leyendo ávidamente todo el libro!

Avergonzado de sí mismo, rogó porque Luisito aprendiese mucho, y se contentó con mirar las ilustraciones del texto del libro de la maestra.

*
* *

Algún tiempo después, mientras Gaspar y Luisito, amándose el uno al otro con cariño verdadero, vivían felices en la mayor despreocupación, allá, en la ciudad, en la penitenciaría, Benson contaba con ansia grande los días que le faltaban todavía para salir á la luz del sol. Una inesperada noticia le alivió

el peso de la cuenta, pues se le anunciaba que el alcaide había decidido aquella mañana perdonarle treinta días por buena conducta. ¡Treinta días menos! ¡Oh, ya estaba cerca de la libertad!

En el pueblo, el Jefe de policía, que había ido á la ciudad por asuntos de su profesión,



—... olvidé darle un libro para que se distrajera...

enteró á Gaspar de que dentro de quince días Benson iba á salir de presidio. Y rápido, como una puñalada, regresó en Gaspar el temor que tenía de Benson: el niño se lo quitarían para siempre. Mas no podía hacerse á la idea de tal

separación. Benson sería puesto en libertad pero seguramente no le importaría el hijo. El policía no fué de su parecer y le hizo observar que no podía esperar que Benson se lo dejara.

Entristecido, Gaspar volvió á la cabaña.... no cenó.... se puso de malhumor y hasta tenía unas ganas muy grandes de llorar. No hizo tal por orgullo de hombre que no se arredra ante el peligro.

En la noche silenciosa, los sentimientos de Gaspar se ligaron con fiereza para impedir á toda costa que le quitaran al niño, que era su única alegría en la vida después del cruel engaño sufrido. La calma con que se placía en espíritu en abrazar á su Luisito, apretándolo frenético contra su pecho á fin de que, para robárselo tuvieran que matarle á él primero, se convirtió de repente en terrible lucha contra todos.

En sus agitadas cavilaciones, tomó forma una idea perversa que hizo resurgir en su corazón la crueldad de la venganza sangrienta que deseaba tomar en sus enemigos. Esa idea maquiavélica se la proporcionaba el escalofriante aullido del lobo que ya había vuelto al valle.

Luisito, todavía despierto, tuvo miedo y llamó á su tito. Este acudió á tranquilizarlo y le dijo:

—Luisito, Toto el lobo ha regresado. Le haré una trampa para cogerlo vivo, y entonces....

—¿Y me lo darás, tío?

—Sí; lo has de tener como compañero de juego.... Mañana haremos una jaula bien gran-

de.... ¡Ya verás!

A la mañana siguiente, Gaspar se puso á la obra para dar caza al lobo. Su plan consistía en disponer una combinación ingeniosa con la cual le sería fácil realizar su intento. Esta tenía por objeto levantar la puerta de un boquete practicado en la parte inferior de uno de los lados de la cabaña, cuando se cerraba la puerta de entrada, y cerrar aquél cuando se abría dicha puerta. ¡No había duda que aquella era la idea de un demente!

Luisito, que contemplaba con extrañeza las maniobras de su tío, se permitió hacerle esta observación:

—¡Pero, tío Gaspar, Toto puede entrar en la cabaña por ese boquete, derribando por sí mismo esa frágil puerta que lo cubre, y comernos!

Mas Gaspar no atendía á mayores razones que á las que ya se había dado él mismo. Y pensaba: que *él* vendría.... la puerta de la trampa se abriría—dando paso al lobo—.... el travesaño de la puerta de salida caería.... y entonces, en la oscuridad del interior de la cabaña, de la cual previamente, se cerrarían herméticamente las ventanas, tendría lugar el drama....

Fácil le fué construir rápidamente un encañizado junto al boquete para cortar la salida al lobo, caso de que intentase darse á la fuga.

*
**

La espera del día fatal fué en extremo angustiada. Desde que Gaspar supo la intempestiva noticia, no dormía tranquilo y las veces que se rendía al sueño tenía unas pesadillas horribles. Aquello no era vivir; precisaba acabar pronto con aquella agitación nerviosa rayana en la locura.

Luisito, más que nunca, constituía para Gaspar el todo en su existencia y, ¡oh rarezas de los sentimientos humanos! su amor hacia el pequeño, antes odiado, llegaba á la más alta expresión posible.

Temeroso de que, inopinadamente, alguien le quitara el chiquillo, Gaspar no le mandó á la escuela durante aquellos días. Y he aquí que, casualmente, encontró á la maestra en el valle, por el que paseaba con algunos de sus alumnos. Como notara la ausencia de Luisito en clase, dijo á Gaspar:

—¿Qué tiene su niño? Le echo de menos en la escuela.

—Si... es verdad; no la avisé á usted... en fin, ya podía suponer que estaba algo indispuerto.... Pero ya está mejor ahora y como precisamente yo también quiero instruirme un poquito, los dos iremos más tarde.... quizás dentro un par de semanas.

—A ver si al fin se decide usted á seguir mis consejos de aprender á leer y á escribir. ¡Es tan bonito! ¡Me gustaría tanto!

—Pues hasta entonces, señorita; ya probaremos de sacar algo de mi cabezota.

—Adiós, Luisito; ¿qué se le contesta á la maestra?

—Usted lo pase bien.



—Que te pongas bueno pronto...

—Que te pongas bueno pronto.... y recuerda su promesa á tu tito. ¡Adiós!

La maestra prosiguió su interrumpido paseo con los niños que la acompañaban. Gaspar la siguió con los ojos, agradecido en el fondo de

su alma del interés que demostraba por su protegido y.... hasta por él mismo.

Aquel mismo día, en su tumba de granito, Benson canceló su deuda con la Sociedad. Poco después, hacia el anochecer, fué libertado.

La primera, la única preocupación del licenciado estribaba en recuperar á su hijo, arrebatándoselo en seguida á su miserable rival Gaspar. Sin esperar al mañana, partió la misma tarde hacia el valle, volando imaginariamente hacia él, tal era su empeño en volver á reunirse con su hijo.

En el valle, entretanto, Gaspar, siguiendo en su costumbre de algunas noches á aquella parte, llevaba al niño á un lugar seguro, mientras vigilaba y esperaba, escuchando los aullidos de hambre del temible lobo.

Apostado convenientemente detrás de un escarpado promontorio, acechaba la llegada del animal salvaje. Los aullidos de éste eran cada vez más claros, denotaban que andaba cerca de la cabaña y hacían esperar que, atraído por el cebo puesto cerca del boquete, preparado con instinto criminal, penetraría en el encañizado, del que no le sería posible escapar sin la circunstancia de que se abriera el boquete de la pared cuando alguien entrase en la cabaña y cerrase la puerta. Al cerrarse ésta, sabido es que la trampa se abría; el lobo tendría, pues, el espacio suficiente para introducir su cuerpo y colarse, tras una ligera contracción, en la cabaña. Con la complicidad de la noche sombría, no entraría el menor asomo de luz por la brecha abierta en la parte inferior de la pared trasera de la casa.

Conforme Gaspar lo había previsto, el hambriento animal se dejó cazar. ¡No había que esperar más que la llegada de Benson! Este entraría en la cabaña, viendo la puerta entreabierta y suponiendo que sus habitantes dormirían tranquilamente; una vez en ella, Gaspar, que había tomado todas las disposiciones necesarias á tal objeto, cerraría violentamente la citada puerta, se abriría también bruscamente la trampa, ¡y el lobo, ni corto ni perezoso, se introduciría en la cabaña y haría pagar la cuenta á Benson de la mala jugada que le habían hecho!

Desde su observatorio, Gaspar se imaginaba la terrible escena que tendría lugar entre el lobo y el hombre, en la cual sería indiscutiblemente vencido el último. De pronto, sus ojos se extraviaron... creía soñar; mas, confirmando la realidad, gritó, chilló como un demente: — ¡Deténlo! ¡Deténlo! ¡Dios mío, deténlo!

Sus pavorosas exclamaciones se perdieron en el vacío. Y echó á correr hacia la cabaña. ¿Llegaría á tiempo de evitar la catástrofe?

Gaspar había visto á Luisito que, habiendo oído los aullidos del lobo, regresaba á la cabaña para que su tito le protegiera. Y ya estaba en el interior de la cabaña cuya puerta, por el mismo temor de ver aparecer por ella al lobo, cerró tras sí, cayendo el travesaño, á la par que levantaba de esta manera, inconscientemente, la trampa. Cuando Gaspar llegó frente á la cabaña, el lobo, acatando sus deseos, se hallaba también dentro de la casa. ¡Horror! ¡Qué sería de Luisito! ¡Los momentos eran contados! ¿Qué hacer? ¡La puerta no podía

abrirse más que por dentro y para ello se necesitaba conocer la combinación! ¡Debió, pues, consentir que el lobo despedazara el tierno cuerpo del niño que era la alegría de su vida y olvido de sus penas? ¡Oh, nunca! Había un medio de salvarlo, á trueque de sacrificarse él mismo. Ese medio era penetrar en el interior de la cabaña por el mismo boquete que lo hizo el lobo. Llevada á cabo con singular sangre fría su idea de salvar al pequeño, Gaspar, aprovechándose de la completa oscuridad de la cabaña, pudo lograr poner á salvo á Luisito por el boquete, protegiendo su salida conteniendo las ciegas arremetidas del feroz animal, desconcertado en aquellas tinieblas.

Benson acababa de llegar en aquel momento. Sospechando por el ruido y los aullidos que se oían en el interior de la cabaña que algo anormal estaba ocurriendo en ella, buscó por donde podría entrar. Al dar la vuelta á la casa, vió á su hijo que le llamaba con lamentos trágicos.

—Papá, papá... el tito Gaspar... con el lobo... se lo comerá, papá... tengo miedo...

Olvidando antiguos rencores, Benson estaba dispuesto á recurrir á todos los extremos para auxiliar á Gaspar. Mas no halló ninguna combinación; no había otra que el pasar por el boquete, pero éste no podía abrirse, pues Gaspar, con la intención de que el lobo no pudiera salir por él y atacar á Luisito, había cortado la cuerda que lo mantenía abierto, y arrimado una mesa contra la trampa.

Pasaron unos minutos de angustia atroz. Benson se figuraba que Gaspar no volvería á

salir vivo de su casa y ya se disponía á alejarse con su hijo cuando se abrió la puerta de la cabaña y apareció Gaspar horriblemente herido en el rostro y las manos.

—¡Lo maté! ¡Ved su sangre!

Luisito, emocionado, exclamó con desahogo:

—Tito, tito mío; pobre tito, por mí, por mí iba á matarte el lobo....

Benson se acercó, compadecido. Mas su compasión aumentó al escuchar la confesión de Gaspar:

—Perdón, Benson.... No podía pensar en separarme del niño.... Tuve una idea criminal de la que ahora me arrepiento y por la que Dios ha sabido castigarme antes de consumir mi delito.

—Perdonémonos mutuamente, Gaspar. Y pensemos que el pasado no nos pertenece.

El alba, como un manto gris, se tendió sobre la colina; había llegado la hora de la renunciación. Benson y su hijo se despidieron de Gaspar, para regresar á la ciudad donde aquél iba á trabajar con unos parientes.

Luisito lloraba con amargura. Le había cobrado tal afecto á Gaspar que á duras penas pudo su padre convencerlo á seguirle resignadamente.

La maestra del pueblo que, como de costumbre, hacia aquella hora de la mañana, se disponía á cruzar el río para dirigirse á la escuela, presencié esa emocionante escena. Abrazándole por última vez, Gaspar dijo á Luisito:

—Algún día, cuando hayas crecido, ven á ver á tío Gaspar.... ese día me voy á sentir muy orgulloso.

La inocente criatura partió con su padre, y unas lágrimas de honda tristeza rodaron por las mejillas de Gaspar.

— ¡La maestra, cariñosa, se le acercó y le dijo: —¿Por qué no aprende las cosas que él aprenderá? Permita que le enseñe para que cuando regrese Luisito también se sienta orgulloso de su tío Gaspar.

— ¡Oh, sí! ¡Es usted muy buena! ¿Pero no ha pensado usted en que soy muy terco?

— La voluntad es un método infalible.... mayormente si va unida al corazón.

— Entonces, usted cree.... Se me ha ocurrido una idea: vea usted, no estoy tan triste.... á su lado.... usted quería mucho á Luisito, ¿no?

— Sí, Gaspar.

— Entonces, si usted quiere podremos hablar de él á menudo.... esperar á que regrese... y verá usted que llegaremos á querernos también los dos....

¡Qué cosas piensa uno!

— Si, ¡qué ocurrencias tiene usted Gaspar!....

* *

Una paloma blanca cruzó la casta pareja en el espacio.... Era símbolo de pureza.... como la de sus sentimientos....

FIN

Imprenta E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — TARRASA

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin
15	La Tormenta	Pina Menichelli
16	Flor de Amor	Livio Pavanelli
17	La Pantera Negra	Norma Talmadge
18	Bajo dos banderas	Tom Mix
19	Corazón de lobo	Glaïys Walton

LA VENTA EXCLUSIVA DE
La Novela Semanal Cinematográfica
 en España y América pertenece á la
Sociedad General Española de Librería
 Ferraz, 21 - MADRID Barará, 16 - BARCELONA

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(pago anticipado)

BARCELONA
Y PROVINCIAS

Año 12 ptas.
Semestre 7 »

EXTRANJERO

Año 18 ptas.
Semestre 10 »

PORTUGAL, AMÉRICA
Y FILIPINAS

Año 14 ptas.
Semestre 8 »

Los señores suscriptores de pro-
vincias pueden efectuar los pagos
por medio de Giro Postal.